
pobre pobre

Anna Lee

© noname
julio de 2006
es.humanidades.literatura

para jorfasán

es increíble la cantidad de estupideces que es capaz de cometer la gente. Helen Carter, por ejemplo, se encerró en el lavabo una buena tarde de agosto, dejó correr el agua y lo puso todo perdido. con lo que cuesta limpiar a fondo un lavabo tan grande.

no tienes corazón, mamá -debió pensar la pequeña Laura cuando, por fin, pudo ver la bañera entre dos policías.

y todo porque el hijo de puta de Marvin Carter la había dejado tirada, a sus cuarenta y ocho años, por una zorrita veinte añera de El paso. ¿que ella había lavado sus calzoncillos durante veinte años, que había soportado sus borracheras, que había recibido alguna que otra paliza? ¿y qué era eso, a ver? ¿qué significaba al lado de los muslos tersos, suaves, puesto en la balanza junto a un culo y unas tetas en perfecto estado, frente a un coño jugoso, estupendo, qué

cojones eran veinte años de una don nadie? preguntas tan estúpidas como éstas jodieron la vida a Helen Carter y enviaron a la hija del matrimonio a vivir con tía Emily, Emily la solterona, Emily la amargada, la desgraciada de Emily *limpia eso de una vez, Laura, ¡aparta de en medio, niña torpe!, ¡esta habitación está hecha una pocilga!, ¿qué haces con la cara pintada como si fueras una puta?.. ¿qué buscas, eh, un bastardo como tu padre? ¿acabar como tu madre?* un encanto de tía, tía Emily.

Laura trabajaba de camarera en un café, era callada pero inquieta. si babeabas, ella sacaba brillo a la losa con la suela de su zapato. si tirabas una colilla, ella parecía obligada a apagarla. se había corrido dos veces en veintiocho años, no por falta de afición ni de intentos. un par de cervezas y un motel cualquiera servían. el asiento trasero, si no había otra cosa. no era muy exigente. luego una mole de humanidad apestando a sudor caía sobre ella. era tímida, se dejaba hacer, por instinto había descubierto que a los hombres les excitaba que siempre fuese *como la primera vez*. que ella se tumbara sobre el catre cubriéndose el cuerpo con las manos. a veces le salía sonrojarse de forma natu-

ral, como un extraño reflejo que habitara en ella. *a ver qué descubrimos esta noche.* normalmente era lo mismo: ejercicio, humo, whisky y esperma. era lo que era y era como tenía que ser, para una camarera feúcha y cabizbaja, que te miraba a los cordones de los zapatos, que hablaba bajo, pequeña y temerosa de que la pisaras toda ella.

el día que entró George en el bar ella llevaba el vestido azul de tirantes que tanto le gustaba. él la miró fijamente y ella, sin ver, supo que la habían examinado. él anotó en una libretita lo que había pedido, posiblemente la hora y el lugar. era una de sus manías. cuando le trajo el café George la sujetó suavemente por la muñeca, le dio unos pavos, le dijo que era más hermosa que un cuadro de Renoir, la cosa más linda que había visto en su puñetera vida. jamás había escuchado ella esa palabra, *linda*, ni sabía que existiera. por lo menos no pronunciada por un hombre. en cuanto a Renoir, pensó que había sido una burla cruel. aún así no pudo evitar un rodeo al volver a casa. la biblioteca pública quedaba cerca del bar. un vistazo a una enciclopedia de arte, una hojeada al índice, abrir varias páginas con hermosas ilustraciones, reco-

rrerlas con los dedos y excitarse pensando en aquel desconocido que la había comparado a Renoir. en una biblioteca, parece increíble, Laura tuvo su tercer orgasmo.

George regresó pocos días después. en casa de la tía Emily solo la esperaba una mole apes- tosa que había naufragado hacía años en el fondo de una botella de ginebra. no podemos censurar que Laura comenzara a arreglarse. cierta coquetería femenina afloró en ella. Renoir la había cambiado por dentro: nada de cerveza, nada de escapadas a sucios moteles baratos. la mañana era esperar que George apareciera por la puerta, servirle el café, las tostadas, adquirir esa certeza cerril de que servir tostadas y café a George el resto de mañanas de su vida, exclusivamente, era lo que ella más deseaba hacer en este mundo. unos versos deslizados al oído. la habitación de un hotel. contrastar certezas. y el resto fue miel sobre hojuelas. en tres meses estaban en el altar, en seis Laura lucía una preciosa barriga.

era George un tipo de trato agradable, en tanto uno respetara sus dos manías básicas: la libretilla anota vida y el hilo dental. aceptar estas insignificancias, para una persona que había su-

perado a Emily, eran unas vacaciones del infierno. George tenía un trabajo sólido, excelente: Svenson & Svenson Seguros y Reaseguros. allí le valoraban por algunas tonterías como la puntualidad, el compromiso con la empresa, el aspecto funerario. huelga decir que hacía bien su trabajo. mover papeles en la oficina de ocho a cinco, de lunes a viernes.

por fin nació Anna Lee. parecía que la vida no podía tratarlos mejor. muchas noches George le leía *poemas modernos*, decía él, donde se mezclaban retazos de vidas como las que habían sido sus vidas con barras de bar como el que había sido su bar, con cerveza y cigarros, con furcias, con hipódromos, con todas las grandes cosas que ofrecía la bendita América a sus desesperados hijos. casi siempre le hacían sonreír aquellos poemas, sobre todo por la forma de recitarlos de George, la entonación y los gestos. luego él quiso enseñarla a jugar al ajedrez, pero aquellos muñequitos de madera nunca le gustaron. *si fuesen de carne, al menos, tendría gracia este juego*. Anna Lee mandó a tomar por culo las piezas cuando tenía dos años, y así se vio truncada en su despegue la brillante carrera ajedrecística de Laura Carter. lo que si pudo

aprender fue a pintar al óleo con soltura, a brochazos gordos, hacía unos estupendos bodegones de mercadillo. era divertido. como leerle a Anna Lee los mitos de Lovecraft para ayudarla a dormir, o jugar al Rayuel-o-Matic con la cabeza recostada sobre el pecho de su hombre. mucho mejor que resolver crucigramas.

aquel domingo George estaba especialmente nervioso. parecía alterado pero no quería soltar prenda. Laura se preocupó, volvió a mirarse a los zapatos, arañó el suelo con la suela. George le juró en verso alejandrino que no tenía de qué preocuparse, que vistiera a la niña y se vistiera ella *lo más guapa posible*. iban a salir. fueron a un local en la parte trasera de un garito. llegaron algunos tipos con cuellos altos, ridículos, unas señoras con libros bajo el brazo, unas señoritas colgadas de un pollo chulesco. y luego llegó él: gris ceniza como un elefante, viejo, pesado, lento. sin embargo con una mirada que lanzaba relámpagos y un aliento que no apestaba a ginebra. por primera vez en años Laura deseó ser soltera, volver a las cervezas, fingirse solitaria en la barra del bar donde podría encontrar, sin ninguna duda, a aquel tipo. Hank se llamaba. y Laura quiso que Hank la cogiera des-

de atrás, por detrás, en cuanto le escuchó recitar el primer poema. ese viejo mierdoso era quien escribía muchos de los poemas que George le leía. evidente que George también hubiera deseado que Hank lo cogiera por detrás. nunca antes lo encontró ella tan perdido, tan ensimismado, tan lejano. si ella era un Renoir ese viejo debía de ser un Picasso.

lo divertido vino cuando George leyó sus poemas. el público los aplaudió, el viejo no. Hank dijo que aquello eran *pellejos vacíos*, dicho despacio, sin desprecio pero con enorme rotundidad. George enrojeció de vergüenza o de cólera, a saber, pero no se atrevió a discutir una sola coma al viejo.

el lunes siguiente George regresó del trabajo y se encerró en la habitación que hacía las veces de sala de juegos de Anna Lee, de improvisado despacho, de zona de guerra.

— ¿te ocupas de la nena un par de horas, cariño? quisiera trabajar un poco.

— claro.

el martes sucedió lo del lunes. el miércoles se repitió lo del martes. volvieron el domingo al

club de lectura, donde nunca más volverían a ver a Hank. se hicieron *habituales*. editores de revistas de la ciudad acudían alguna noche entre semana. George pidió licencia para ausentarse lo estrictamente necesario. ella le dejó hacer, porque los hombre no son perros y amarrarlos no sirve de nada. comenzaron a publicar los poemas de George, él se atrevió con los cuentos, que tuvieron mucho más éxito. el público americano siempre estará sediento de buenos nuevos cuentos, le había dicho su editor. temas ligeros, relatos breves. con carne. con gancho. ahí es donde está el dinero. pero lo cierto es que no entraba dinero fresco por la puerta de casa desde hacía tiempo, y George había comenzado a transformarse, cambios casi imperceptibles al principio. ya no salía a la calle hecho un maniquí, por ejemplo. a veces olvidaba afeitarse. se dejaba la libretilla anota vida en cualquier parte, pero jamás le faltaban un bolígrafo y un trozo de papel. había montones de trozos de papel por toda la casa. sin que George lo supiera, Laura entregaba aquellos papelajos a Anna Lee para que la niña disfrutara destrozándolos. *se ha perdido un verso sublime. qué lástima*. si era un poco hija de puta, ¿qué esperaba él? apenas la tocaba. dos años ya. per-

dió el trabajo de oficina hacía otros tres, vivían de las propinas de ella y de los trabajitos ocasionales que podía agenciarse él, *nada estable, porque van a publicarme otro cuento y éste será el bueno, nena, ya verás, con este despegaremos*. había comenzado a darle a la botella. mientras ella trabajaba por la mañana, trabajaba por la tarde, trabajaba a todas horas. estaba MUY CANSADA cuando se acordó de su madre.

fue hacia la habitación y abrió la puerta de golpe, sin llamar.

— ¡esto tiene que acabarse, George! ¿es que no ves LO QUE NOS ESTÁS HACIENDO?

George la miró sin verla, la traspasó, contempló a Anna Lee apoyada en el quicio de la puerta de la habitación de la niña, frotándose un ojo con las manitas, recién levantada. el padre pensó en el título de un nuevo poema.

pobre pobre Anna Lee

— tu no comprendes, nena -acertó a responder.

— comprendo LO SUFICIENTE.

— no... no entiendes. no sabes lo duro que es

esto -decía sentado frente a su máquina de escribir, sirviéndose otro trago.

— pide trabajo de cocinero en mi bar, vuelve a la oficina, busca un curro nocturno en el matadero. ¡ESO SI ES DURO! ¡esto es una mierda George, una mierda que nos está destrozando la vida!

— no entiendes, nena. cada puta maldita vez que me siento delante de esta máquina tengo que comenzar de nuevo, nena. de cero. de la nada. en blanco. es una tortura, para volverte loco. cada maldita puta nueva vez tengo que reconstruir el Universo, nena. pieza a pieza. ¡que parezca de estreno! ¿te has creído que sudar es algo? los cerdos sudan, y los caballos. corren hasta reventarse, arrastran cargas muy pesadas... *pobre pobre Anna Lee* -repitió George al vacío, en voz alta-... ¡tu no entiendes UNA PUTA PALABRA! ¡lárgate, zorra! ¡DEJA DE MOLESTARME! ¡vuelve con la vaca de tu tía!

Laura tomó a la niña en volandas, acertó a llenar una maleta pequeña mientras su marido las miraba sin inmutarse. Madre e hija salieron apretando a fondo el gas del viejo Pontiac. George se había cortado las venas con las pági-

nas de algún maldito libro. Laura no quería que su hija contemplara aquella escena. Fueron a un motel. Eran las dos de la mañana y a través de las paredes se escuchaban los jadeos de una película porno. Le estaban dando bien al frotar. Laura pensó que se moría si su hija tenía que tragar aquella mierda, que ella se tragaría su orgullo, se tragaría lo que hiciera falta, primero, antes que cubrir a su hija con aquella mierda. Se cagó en su madre, volvió al Pontiac llorando, recorrió mecánicamente un camino que le era familiar.

— ve a la habitación de invitados y acuéstate, Anna Lee.

la tía Emily fue a la cocina, sacó la botella de la nevera y regresó al salón.

traía dos vasos.